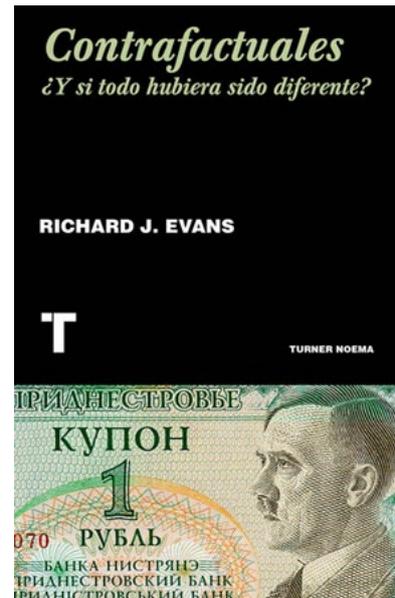


Richard J. EVANS: *Contrafactuales. ¿Y si todo hubiera sido diferente?*, Madrid, Turner, 2018, 192 pp., trad. de Guillem Usandizaga, ISBN: 978-84-17141-53-0.

Adrián Feijoo Sánchez

### Lo que el tiempo se llevó: contrafactuales e historiografía.

Londres, 1945. Las banderas se agitan con el viento, los tanques y las tropas desfilan por el puente de Westminster, unos aviones sobrevuelan la capital para celebrar el fin de la segunda gran guerra que ha asolado Europa hasta sus cimientos. Sin embargo, las masas en las calles no comparten el mismo entusiasmo que los soldados que marchan. Quizá sea porque los aeroplanos en el aire son Junkers Ju 87, los tanques pertenecen al modelo Tiger II, la soldadesca son la flor y la nata de la Wehrmacht, y las banderas poseen la misma esvástica que también ondea en París, Atenas, Oslo y Moscú...



Es un escenario terrible, pero por fortuna, pura imaginación: los que vieron su capital arrasada y conquistada fueron los alemanes, y su imperio de los mil años, expansionista y genocida, quedó reducido a cenizas. Pero gracias a la historia contrafactual y la literatura ucrónica podemos modificar el curso de la historia e imaginar diferentes escenarios donde los acontecimientos desembocaron en otras realidades, «versiones alteradas del presente en las que una alteración en la serie de sucesos conduce a un resultado distinto al que realmente ocurrió».<sup>1</sup>

Así definió lo contrafactual el autor del ensayo, el historiador Richard J. Evans (1947-), profesor de la Universidad de Cambridge y una de las figuras más reconocidas de su disciplina. De su extensa bibliografía cabe destacar la trilogía dedicada al Tercer Reich, compuesta por *La llegada del Tercer Reich* (2005), *El Tercer Reich en el poder* (2007) y *El Tercer Reich en guerra* (2011), todas editadas en España por Península. También hay que mencionar el reciente ensayo sobre la historia mundial a caballo entre el siglo XIX y el amanecer del XX, *La lucha por el poder, Europa 1815-1914*

<sup>1</sup>Richard EVANS: *Contrafactuales. ¿Y si todo hubiera sido diferente?* Madrid, Turner, 2018, p. 13.

(Crítica, 2017), y su biografía del historiador Eric Hobsbawm, publicada en 2019 por Oxford University Press.

Divagar sobre pasados posibles e imposibles es un ejercicio divertido, y ha inspirado obras de ficción fantásticas, como las novelas *Patria*, de Robert Harris, y *El hombre en el castillo*, de Philip K. Dick, las series *SS-GB* (BBC One, 2017) y *For All Mankind* (AppleTV+, 2019), la película *Malditos Bastardos* (Quentin Tarantino, 2012), y una interminable lista escondida tras el etcétera. Pero las reflexiones de Evans van más allá, planteándose si en concreto el estudio y cultivo de lo contrafactual podrían tener un uso en la investigación histórica. Esto a raíz, como él mismo explica en su prólogo, de nuevas consideraciones sobre los argumentos aportados por los autores contrafactualistas, por las obras que han ido surgiendo con el paso de los años, y por la evolución en las conversaciones y debates respecto al tema.

Fruto de sus reflexiones, cristalizadas en su participación en las Conferencias Menahem Stern de Jerusalén en 2013, surgió este breve ensayo. Para cualquier interesado en la metodología de la historia (y qué duda cabe, en la historia contrafactual), resulta ser una lectura sólida en su contenido, exhaustiva en el desarrollo de sus ideas, y escrita de tal manera que al lector no le cuesta nada sumergirse en la cuestión, ni en la marejada de discusiones en las que profundiza, con una presencia destacada de la historia militar.

En el primer capítulo, “La expresión de un deseo”, Evans empieza trazando un recorrido a través de los orígenes y desarrollo de la historia contrafactual: con precedentes tan dispares como Tito Livio, *Tirant lo Blanch*, Pascal o Gibbon, serían los franceses Louis Geoffroy y Charles Renouvier los probables padres del ejercicio de imaginar una historia diferente. El primero por plasmar en su panfleto *Napoleon et la conquête du monde* (1836) un relato dotado de intencionalidad política, en este caso relacionada con el régimen napoleónico, inaugurando de paso la «expresión del deseo», rasgo que definiría la construcción de esos caminos hipotéticos en función de la ideología del autor, y que se conformaría como el rasgo más común en el futuro. El segundo es el primero en articular un método para crear los escenarios contrafactuales, e inventa el término Ucronía para titular su compendio de artículos sobre el tema (1857).

Las siguientes contribuciones fueron más esporádicas, con el fin mayoritario de entretener, como en el caso de la primera compilación de historias de ese tipo, *If It Had Happened Otherwise* (1932), editada por Sir John Collings Squire. Las caídas generalizadas en la “trampa” de expresar deseos, el carácter caprichoso de sus premisas, y la amenaza de reducir la labor del historiador a la de un mero espectador del azar, han sido factores determinantes para explicar la hostilidad o indiferencia con la que ha sido recibida la historia alternativa por los profesionales de la historia. Hay alguna excepción, como el ejercicio estadístico del economista Robert Fogel, usando

una suposición contrafactual, la de los EEUU sin el ferrocarril, para evaluar su importancia en la historia económica del país.

Pero en las últimas dos décadas, las publicaciones de historia contrafactual han aumentado mucho en tamaño y diversidad, sumándose también a la ola los historiadores, y no sólo los literatos. Este auge pudo favorecerse del clima ideológico de finales de siglo, con la caída de los *-ismos* que hasta entonces dominaban el pensamiento occidental, y la sustitución de una idea de progreso por la incertidumbre, derivando en un mayor espacio para la especulación de un pasado tan abierto como el futuro.

La colección que puso de manifiesto este cambio de tendencia fue la *Historia virtual* (1997) editada por Niall Ferguson. Casi al mismo tiempo llegaba *If the Allies Had Fallen: Sixty Alternate Scenarios of World War II* (1997), editado por Harold C. Deutsch y Dennis E. Showalter, que si sumamos al trabajo reunido por el director de la revista *Military History Quarterly*, Robert Cowley, bajo el título *What If? The World's Foremost Military Historians Imagine What Might Have Been* (1999), se podría concluir que la historia militar fue uno de los campos más activos en este desarrollo y cambio de paradigma de la historia alternativa en los albores del nuevo milenio.

Pasamos al segundo capítulo, que toma prestado el título de la obra de Niall Ferguson mencionada sólo unas líneas atrás, “La historia virtual”. La historia contrafactual prospera, y algunas propuestas hasta abandonan la intención primaria de ser un entretenimiento, deseando ser tomadas en serio: los historiadores que las elaboran defienden su utilidad para explorar la idea del libre albedrío, recuperar la figura del actor individual de una historia contemplada desde la mirada de fuerzas impersonales, liberarse de la perspectiva del tiempo y, en suma, evitar el determinismo que a su juicio poseen algunas perspectivas (como las marxistas, por ejemplo).

Estos rasgos se complementan con el retrato ideológico que Evans hace de la mayoría de autores contrafactualistas: conservadores, abiertamente críticos con cualquier cosa que suene a determinista, como los tres niveles de la historia propuestos por Fernand Braudel, o los trabajos de Carr, Thompson o Hobsbawm. Contemplan una serie de conceptos como intrínsecamente deterministas y, por tanto, indeseables y causa de justificación de la historia contrafactual; el recurso a la teleología y la escritura de la historia con un fin; el determinismo de que los acontecimientos políticos estén dirigidos por fuerzas sociales y económicas; la idea de leyes generales de desarrollo manejando los hilos de la historia; o la presentación de la historia como un tropo narrativo.

Pero el ensayo evalúa cada una de esos argumentos y va desmontando, apartado por apartado, las supuestas ventajas de la historia contrafactual para combatir los “excesos deterministas.” Algunas nacen fruto de una malinterpretación o interpretación sesgada de los autores criticados, otras se acercan demasiado al uso del

azar como explicación para todo, y las hay que se sostienen en pilares dialécticos muy débiles. Así mismo, muchos de los escenarios que crean los contrafactualistas no superan un análisis empírico serio, y durante diez páginas del capítulo Evans tira por tierra algunos de los mismos. Queriendo salir de la “cárcel” determinista, los autores caen en otra tan restrictiva o más, la inevitabilidad de sus premisas alternativas, inmunes a los cambios más allá de aquello que generó el escenario contrafactual, eliminando el azar de la ecuación, que era precisamente otra presumible virtud que defendían.

Evans dedica el tercer capítulo, “Ficciones futuristas”, a explorar las alteraciones interesadas del pasado que moldean los diferentes enfoques contrafactuales, tanto en la ficción como en el ensayo. Esto no es baladí, teniendo en cuenta que numerosos autores han usado la historia alternativa como una manera de expresar deseos, o de explorar escenarios diferentes derivados de los diferentes traumas de sus respectivos contextos histórico-sociales; en España, la Guerra Civil y la dictadura franquista; en el caso estadounidense, la Guerra de Secesión; o la derrota de Napoleón para los franceses, ejemplificada con la obra del antes mencionado Louis Geoffroy.

Para el caso de los británicos, el tema favorito y recurrente es una eventual victoria nazi en la Segunda Guerra Mundial. El autor aprovecha esta extensa bibliografía para trazar una evolución del tratamiento del tema, en consonancia con los propios cambios en el ámbito político-social en las islas durante la segunda mitad del siglo. Desde el uso de esa victoria en los cuarentas como un escenario pesadillesco hasta una oleada de hostilidad en los ochentas y noventas, de la mano del thatcherismo y cierto temor euroescéptico a una Europa unida bajo el predominio económico teutón, pasando por los cantos a la resistencia y coraje británicos en los sesentas y la humanización de los personajes nazis en paralelo a la mejora de relaciones entre Gran Bretaña y Alemania a partir de 1965. Se dedica un espacio también a la perturbadora relación metodológica entre las investigaciones respecto a una hipotética huida de Hitler de Berlín en 1945 y los negacionistas del Holocausto, siendo los dos intentos de modificar el pasado en base a una alternativa imaginaria, y en las que tiene participación el argumento conspirativo. Evans sabe de lo que habla: participó como testigo principal en el juicio por difamación que David Irving impuso contra la historiadora Deborah Lipstadt, cuando ésta le acusó de negacionista.

En la última parte del capítulo se busca trazar la diferencia entre la historia contrafactual y la historia alternativa encuadrada en la ciencia-ficción, explorando la segunda los mundos paralelos (como los Estados Unidos divididos que describió Philip K. Dick en *El hombre en el castillo*), sin indagar realmente en cómo se desarrollaron y qué procesos se tuvieron que dar para que se sostenga ese escenario hipotético.

Llegamos a la conclusión, al cuarto y último capítulo, “Mundos posibles”, donde se intentará poner en claro todo lo tratado hasta el momento y aportar alguna clase de respuesta. Para ello empieza separando el grano de la paja, lo que es historia contrafactual en el sentido estricto y lo que no. Continúa con críticas por sus limitaciones, incluyendo una que compete a la historia militar: esta es una de las facetas más manejadas en escenarios contrafactuales, junto con la diplomática y la política, pero el enfoque que se adopta es anticuado, más cercano al de las visiones hegemónicas en estudios de los cincuentas. En este sentido, se apoyan en unas ideas de la historia militar que los historiadores, gracias a los aportes interdisciplinarios y otros muchos factores, han dejado atrás desde hace décadas.

Al final, la utilidad del contrafactualismo es muy endeble: su soporte documental no resulta demasiado sólido, y si se intentan dilatar en la escala temporal se vuelve rápidamente una expresión de deseos o entra en el campo de la ficción. Lo único, concede Evans, es que a una escala de corto plazo y con unos cambios mínimos esas hipótesis podrían alumbrar las limitaciones creadas por el contexto que tuvieron que enfrentar estadistas y determinados personajes en eventos históricos concretos, o que el fenómeno contrafactual es interesante por sí mismo, sin concederle necesariamente una utilidad. Pero en lo que más nos atañe, el estudio del pasado, lo único reseñable es la misma discusión.